

UN FIN DE SEMANA DE AUTOR

Aunque un ilustre pensador apuntaba que aburrirse es un signo de inteligencia, proponemos cuatro ideas, cuatro pasiones, cuatro sugerencias para quienes valoran el tiempo de ocio. Todas ellas son la demostración de que se puede vivir como se quiera pero jamás sin la cultura, que es lo más inútil y a la vez lo más necesario.



RUBÉN AMÓN

MÚSICA

Jonas Kaufmann, tras la hegemonía del gran Plácido

La mutación de Plácido Domingo en barítono ha dejado abierta la cuestión sucesoria en la categoría suprema de los tenores. Despunta el peruano Juan Diego Flórez entre los pesos ligeros como destaca el polaco Piotr Beczala entre los pesos medios, pero la posición hegemónica del ránking concierne a la plenitud de Jonas Kaufmann (Múnich, 1969) en su abrumadora y polifacética carrera.

Pugilísticamente hablando, sería un epígono de Mohamed Ali en cuanto a corpulencia vocal del tenorísimo germano no condiciona su refinamiento, su intuición ni su estética. Ha sido el protagonista absoluto del año Verdi/Wagner por su idoneidad común en el repertorio, del mismo modo que persevera en el verismo y en los papeles esenciales del romanticismo francés con la ambición de una carrera sin limitaciones.

Menos aún después de haber trascendido su *Viaje de invierno* (Sony), pues resulta que el tenor bávaro convierte el ciclo de canciones de Schubert en un ejercicio de sensibilidad artística igual de proclive a la orfebrería, al recogimiento, al desasosiego y a la homogeneidad dramática.

Los cantantes de *lied* suelen reconocerse como una estirpe aristocrática y diferente. Se trata de cantar y se trata de comprender, como ocurre con las poesías de Wilhelm Müller en el *Winterreise* (viaje de invierno) de Franz Schubert, pero Jonas



Kaufmann canta a Schubert. / EL MUNDO

Kaufmann, provisto de una voz oscura, poderosa y delicada, representa un caso insólito de escrupuloso *liederístico* y de personalidad operística, de forma que su liderazgo en el escalafón de los tenores sobrepasa la coyuntura del trono vacante para erigirse en el número uno. Especialmente cuando el inminente debut de *Otello* (Verdi) nos recuerde que Plácido Domingo puede abdicar en paz.



ANTONIO LUCAS

LITERATURA

Marta Sanz o la lucidez de pensar sin miedo

En la primera página del libro, en la antesala donde este arrebatado trabajo se justifica, Marta Sanz (Madrid, 1967) instala un martillazo: «No nos engañemos». Son las tres primeras palabras que escribe en *No tan incendiario* (Periférica), un ensayo de mucha pólvora donde esta mujer menuda, rápida como la sangre, capaz de una escritura tan minuciosa como inflamable, va hurgando con una bayoneta en algunas de las trampas del presente con una feliz imposibilidad de estar conforme.



La escritora Marta Sanz. / ALBERTO VERA

Esto de aquí no es exactamente un manifiesto. Tampoco un panfleto. No quiere ser un evangelio de desafectos, sino un telar de preguntas, de dudas, de sospechas. Una reivindicación del discurso en dirección contraria donde Sanz se echa al galope para desovar ideas y perplejidades. Malestares y visiones. ¿Qué ha pasado con la cultura? ¿Quién ha barrido su capacidad convulsiva? ¿Por qué el ocio como único dios verdadero? ¿Quién desinstaló del pensamiento la hormona crítica? ¿Quién redujo el concepto de ciudadanía al de público? ¿Por qué hoy es el miedo nuestro único barómetro?

Y Marta Sanz responde con la valentía de quien no cree en la casualidad. Es una forense ante el cuerpo inmediato de nuestro tiempo inmediato. Hay libros inesperados que se van levantando a cada página como un vuelo extraordinario. Éste es uno de ellos. Porque nos hace visibles en lo invisible. Porque son contrapeso y resistencia. No lean este ensayo como si fuera un ensayo. Léanlo como un poema. Como un evangelio laico. Esto es un juego. Un aullido. Un desafío. Un ejercicio de claridad desde los tópicos y los iconos culturales del ahora. Es un inmolarse. Es un avanzar. La ironía, la densidad y una cierta voluntad clandestina avalan estas páginas. Marta sabe, como Raoul Vaneigem, que «no hay un buen ni un mal uso de la libertad de expresión, sino un uso insuficiente». Qué bien tener a mano un texto así. Van a flipar.



ENRIC GONZÁLEZ

ARQUITECTURA

Arte que alcanza el cielo al primer golpe de vista

¿Cuándo un artista alcanza el cielo? Cuando convierte en antiguo todo el arte anterior. Si se trata de arquitectura, no siempre las grandes novedades suponen un progreso artístico. Los rascacielos, por ejemplo, resultan espectaculares, pero su nacimiento, en Chicago y Nueva York, no fue fruto de ninguna epifanía: simplemente se inventó el ascensor y se pudo construir más alto con técnicas y estilos ya existentes. El genio arquitectónico es infrecuente y se percibe al primer golpe de vista. Tomemos como muestras la Casa Milà, conocida como La Pedrera, o la Casa Batlló, los dos edificios de Antoni Gaudí en el Paseo de Gràcia barcelonés: una, la pseudomedieval Batlló, fue inaugurada en 1906; la otra, la Pedrera de fachada ondulante, en 1912. Ambas son universalmente admiradas. Los turistas hacen cola para fotografiarlas. La imagen internacional de Barcelona les debe mucho.

Decíamos que Gaudí, místico y amante de los arcanos, terminó su Pedrera en 1912. Ahora mismo no puede observarse la fachada, cubierta por una lona durante los trabajos de restauración. Como alternativa, se puede visitar un edificio que se construyó 17 años más tarde, en 1929. Recuerden



Pabellón de Mies van der Rohe en Barcelona.

eso: entre el nacimiento de La Pedrera y el de ese edificio, el Pabellón Alemán (plaza Carles Buigas, cerca de la plaza de España) pasaron sólo 17 años. Y parecen 170. El pabellón fue diseñado por Mies van der Rohe para la Exposición Universal de 1929, se desmontó en 1930 y se reconstruyó en 1986. No existe en Barcelona un edificio más bello, simple e inefable. Con un simple vistazo se comprende qué es el arte supremo, el que de verdad alcanza el cielo, y por qué lo otro es antiguo.



EVA DÍAZ PÉREZ

COLECCIONISMO

Perderse en un gabinete de curiosidades

Los llamaban gabinetes de curiosidades o cámaras de maravillas y podían guardar rarezas como lenguas de serpientes, figuras antropomorfas de mandrágora, piedras bezoar, olifantes, autómatas y delicadas extravagancias



Gabinete de curiosidades Doménico Remps.

artísticas. Fue una tradición que dio origen a los museos pero que hace siglos eran curiosísimos aposentos de nobles eruditos que coleccionaban objetos de lugares lejanos en la época de los descubrimientos.

El coleccionista apasionado. Una historia íntima (Anagrama), de Philipp Blom, es un ensayo que propone un viaje en el tiempo a las Wunderkammern o cámaras de las maravillas sobre las que ya indagó Julius von Schlosser en su delicioso libro *Las cámaras artísticas y maravillosas del Renacimiento tardío* (Akal). Schlosser invitaba al lector a entrar en estas estancias de extrañezas como la colección del archiduque Fernando de Austria en el castillo de Ambras en Innsbruck o la fabulosa de Rodolfo II en Praga. En España existieron célebres cámaras maravillosas como las de Arias Montano con animales y objetos traídos de América hasta Sevilla o la de Argote de Molina, de tanta fama que Felipe II la visitó de incógnito para ver si era cierto lo que se contaba sobre ese fabuloso gabinete.

Piérdanse por estas cámaras maravillosas a través de los ensayos de Schlosser o de Blom descubriendo esta obsesión por llenar el vacío. Una fiebre que se remonta a las colecciones de reliquias en la Edad Media y que llega hasta la posmodernidad con casos como el que rescata Blom sobre el museo de Robert Opie en Londres con miles de envases de alimentos como una memorabilia que intentara atrapar su época. Como escribió Walter Benjamin: «Toda pasión bordea el caos; la del coleccionista, el caos de los recuerdos».